

Sus escritos históricos no se distinguen de sus tesis políticas; son tan apasionados como ellas, y ellas, á su vez tan eruditas como los escritos históricos.

No fué hombre de Estado. Tuvo más sensibilidad que juicio y más emoción que lógica. Además ni su fe, ni su pasión, ni su pensamiento tuvieron esas profundidades que nos descubren los abismos del alma.

*De Bonaparte y de los Borbones*¹ es uno de sus folletos más elocuentes y más virulentos, un modelo de acta de acusación, con esos fogosos movimientos que agitan la prosa y hacen ver extendido el brazo vengador: «¿quién es quien...? ¿quién es quien...? ¡Eres tú! ¿Quién es quien...? ¡Siempre tú!

Es un lote de poderosas invectivas lanzadas contra ese Buonaparte á quien más tarde rinde tributo en sus *Memorias*.

La indignación volvió á apoderarse de él en 1814 en sus *Reflexiones políticas*, en que Talleyrand y Fouché le suministran esta alegoría: «el vicio apoyado en el brazo del crimen». Tenía en efecto motivos para quejarse de ellos.

Contra su enemigo Decazes, lanzó el brulote llamado *La Monarquía según la Carta*, es la exposición elegante de la organización de una monarquía constitucional, aunque desdichadamente contrabalanceada por medidas feroces y feudales que echaban por tierra el carácter liberal del principio de su folleto.

Su colaboración en el *Journal des Débats*, de 1824 á 1827, fué un largo rugido. A. Bardou el ingenioso político decía con justicia:

Sus doctrinas tenían poco fondo, pero tan pronto como abandonaba la política para hacer historia y las aplicaciones prácticas para entregarse á las ideas generales y filosóficas, volvía á encontrar su genio toda su elasticidad maravillosa.

El *Congreso de Verona* (1838) es, por varios conceptos, un muy hermoso libro. El objeto que más le preocupa, la guerra que él llama *Mi Guerra* y el restablecimiento de Fernando VII es lo de menos interés para nosotros; pero el autor ha desarrollado sus ideas con tanta exactitud y tanto ingenio que nos seduce ya por su malicia (retrato de Luis XVIII, cuadro del consejo de ministros), ya por su amplitud y su magistral nobleza, ya por su familiaridad (la vida en el ministerio de negocios extranjeros, los espías, los variados tipos de solicitantes), ya por su melancólica emoción (retrato del emperador Alejandro), ya en fin por la conclusión: «Nadie se acuerda de los discursos que pronunciábamos sentados á la mesa del príncipe de Metternich.»

1. Hasta en esta herencia de odio á Napoleón se mostró Víctor Hugo discípulo de Chateaubriand. Si el autor de *los Mártires* fustigó implacable al verdugo de España, el autor de *los Miserables* clavó en la picota á Napoleón el pequeño. (N. del T.)

La mayor parte de las cuestiones que aun se discuten actualmente fueron objeto de su estudio: libertad de la prensa, censura, base del impuesto, separación de la Iglesia y del Estado. Hemos asistido á la muerte del Concordato que Napoleón vió nacer sin gran entusiasmo. Aparecía á su vista el Concordato como un lazo tendido al desarrollo de la idea religiosa. En tanto que la religión católica esté á sueldo y bajo la dependencia de la forma variable de los gobiernos, cohibida en sus asambleas particulares y generales, contaminada en sus cátedras y en sus escuelas por el dinero del fisco, en tanto que no vuelva la libertad de la cruz, languidecerá degenerada. Con Lamennais, estaba por la separación de la Iglesia y del Estado.

Entre sus numerosas profesiones de fe, puede aceptarse la de 1826 que nos da el estado normal de su alma:

Creo muy sinceramente, iré mañana, en aras de mi fe con paso firme, al patíbulo. No desmiento ni una sílaba de lo que he escrito en *el Genio del Cristianismo*:

He aquí lo que soy.

En cambio he aquí lo que no soy: No soy cristiano con patente de traficante en materia de religión; mi diploma no es otro que mi partida de bautismo. Pertenezco á la Comuni6n general, natural y pública de todos los hombres que, desde la creaci6n, se han entendido de un extremo á otro de la tierra para dirigir á Dios sus oraciones. Soy independiente de todo, excepto de Dios, sin ser perseguidor, ni inquisidor, ni delator, sin expiar y sin calumniar á mis hermanos. No propongo la religión como un freno útil á los pueblos. La Cruz es el estandarte de la civilizaci6n, la religión es compatible con la libertad. ¿Cómo podría creer emanado del cielo un culto que ahogase los sentimientos nobles y generosos?

Hay dos clases de hombres que son hoy día el azote de la sociedad: por una parte, los antiguos discípulos de Diderot y d'Alembert que se complacen aún en burlarse de la Biblia y en insultar al clero. Por otra, los espíritus limitados y violentos que juzgan que la religión está en peligro porque tenemos una constituci6n, porque el Estado reconoce los diversos cultos y porque poseemos la libertad de la prensa.

Expresa al fin su deseo de que no se vuelva á ver el cadalso ni se haga ningún auto de fe. Es un progresista. Su conclusi6n es, por lo que toca al Estado, que habrá que fijarse en la monarquía constitucional ó ir derechamente á perderse en la República. No era tan mal profeta.

Hay además algunas páginas, entre sus papeles varios, que merecen cierta atenci6n. Son los *pensamientos, reflexiones y máximas* que nos hacen ver al observador y al moralista. Aunque ya le conocemos suficientemente por sus obras, aun pueden sacarse del olvido estos pensamientos de forma muy linda:

Las Revoluciones, si se las considera en su conjunto, son imponentes; pero si se descende á los detalles, se observan tanta ineptitud y tantas bajezas,

tantos nombres famosos que nada valen, tantas cosas apellidadas obra del genio y que fueron obra sólo de la casualidad, que se siente uno admirado de la grandeza de las consecuencias y de la pequeñez de las causas.

He aquí otra observación delicada:

En una nación que conserva aún la inocencia primitiva, el vicio introducido por los extranjeros hace más rápidos progresos que en una sociedad ya corrompida, del mismo modo que un hombre sano muere rápidamente en una atmósfera pestilente en la que vive un hombre acostumbrado á la misma.

Espiguemos aún algunas sentencias:

Se maravilla la gente del éxito de la medianía, y no hay razón para ello. La medianía no es fuerte en sí misma, sino por las medianías que representa. En este sentido tiene un poder formidable. Cuanto más pequeño es el hombre que ocupa el poder, más al nivel está de todas las pequeñeces.

... Esos hombres impotentes, que, á los ojos de la multitud parecen dirigir la fortuna, son simplemente guiados por ella: como le dan la mano, la gente se figura que la guían.

En el fondo de los sufrimientos hay cierto encanto del mismo modo que en el fondo de los placeres hay cierto dolor: la naturaleza del hombre es la miseria.

Inmediatamente que penetra en nuestro espíritu un pensamiento verdadero, proyecta una luz que nos hace ver una multitud de objetos que no veíamos antes.

La conversación de los espíritus superiores es ininteligible para las medianías, porque una gran parte del asunto se sobreentiende y se adivina.

¿No hay en esto mucha penetración, análisis, reflexión y hasta humorismo? Chateaubriand leyó mucho á La Bruyère que acaso no le enseñó el arte de los retratos (porque la psicología del autor de *los Natchez* no vale tanto como sus paisajes), pero sí el arte de las fórmulas concisas, exactas, y llenas de buen sentido.

En sus *Misceláneas literarias* reunió sus artículos del *Mercurio* del que fué accionista. Son revistas de libros nuevos, estudios ingleses acerca de Young, *Shakspeare* ou *Shakespeare*, *la Vida de Jesucristo* por el P. de Ligny, *la Primavera de un Proscrito*, poema de J. Michaud, y una curiosa respuesta á Baure que le había atacado, bajo el pseudónimo de Chevalier Bearnois, á propósito de su artículo: *Las Letras y los Literatos* en 1808. El tono de Chateaubriand revela el furor que impulsaba la moda hacia la caballería medioeval:

No pretendo hablar á sangre fría de caballería y cuando se trata de tor-

1. Esta verdad se comprueba al contemplar los estragos que han hecho ciertos autores extranjeros, en particular franceses, en España y en otros países de lengua española. Hay intelectual español que desconoce ó desprecia á nuestros grandes clásicos y en cambio rinde culto idólatrico á Zola. (N. del T.)

neos, de desafíos, de castillos, de pasos de armas... Podría negarme á cruzar mi lanza con él, puesto que no ha declarado su nombre ni alzado la visera de su casco después del primer asalto. Pero puesto que ha observado las leyes de la justa, evitando el herir en el corazón y en la cabeza, le tengo por leal caballero y levanto el guante.

El dios se divierte.

El *Ensayo sobre la Literatura inglesa* es una poco feliz introducción á su mediana traducción del *Paraíso Perdido* de Milton.

Chateaubriand tiene fama de haber detestado ó despreciado los versos porque publicó muy pocos y de esos se leen menos aún. En realidad le gustaba y practicaba este modo de expresión; escogió la prosa para expresar « más rápidamente » su pensamiento. Pero antes de « descender » á la prosa había escrito muchos versos. « Si hubiera querido imprimirlos todos, el público hubiera tenido por lo menos dos ó tres grandes volúmenes ». Hasta no distaba mucho de pensar que su talento fué igual en ambos géneros y siente mucho esa imposibilidad que hay en Francia de conceder dos aptitudes distintas á un mismo ingenio. La importancia del prefacio que coloca al frente de su colección de versos hace ver la estima en que los tenía y el interés que le inspiraba « el desarrollo gradual de su arte ».

Escogió veinte y cuatro poemas para darnos idea de su talento. Los diez primeros se hallan agrupados bajo el título de *Cuadros de la Naturaleza*, y fueron compuestos de 1784 á 1790. Son idilios « sin cordeiros » que datan de la época de Dora. Uno de ellos, el noveno fué la primera obra que imprimió Chateaubriand. Apareció en el Almanaque de las Musas de 1790 bajo el título de *El Amor al campo* por el Caballero de C... Fué su debut literario, que le puso en relaciones con Guinguené, Lebrun, Chamfort, Parny, Flins, la Harpe y Fontanes. El resto apareció en 1828 cuando tenía ya suficiente dominio de sí mismo para estimar en su justo valor las obras que publicaba.

En estas primeras poesías se halla la curiosa predicción de que la tumba del poeta estaría colocada en un rincón de su tierra natal. Como se realizó en 1848. Como se ve, Chateaubriand era tenaz en sus ideas.

En esta colección figura *la Forêt*, corto poema, más conocido por haber merecido el honor de las antologías.

La noche á orillas del mar, y *La noche en un valle* pintura bastante vigorosa de un torrente; *Noche de Primavera*, *Noche de otoño* y *el Mar* contienen descripciones que el prosador copiará más tarde en sus novelas quitando las rimas. « Las he trasladado á mi prosa », dice.

Predominan en sus versos sobre todo la armonía, el sentido del ritmo y lo agradable de los sonidos aunque han pasado de moda. El estilo no es brillante, pero á veces atrevido á causa de ciertos neologismos. Pertenecen especialmente al género descriptivo. Apenas hay algún ligero toque erótico. Sus poemas diversos son traducciones é imitaciones de Gray, de Alceo, de la Escritura, de un poeta escocés, además contienen nueve piezas originales.

En *Milton y Davenant* la intuición es muy superior á la ejecución. Milton, después de la Revolución de Inglaterra salvó la vida á Davenant que, más tarde pudo devolverle el mismo favor. Hay versos que no son muy felices ¹.

En resumen los ensayos poéticos del autor de *los Mártires* justifican el juicio de su amigo el Sr. de Fontanes:

A través de las enormidades, es admirable por las creaciones de estilo en su prosa: pero le ocurre todo lo contrario en su poesía; diríase que se desquita en ella y enmienda por completo sus atrevimientos con el prosaismo y la timidez.

El último trozo de la colección es considerable, es una tragedia en cinco actos, *Moisés*, por la que Chateaubriand sentía predilección especial ².

Tenía el propósito de hacer tres tragedias: la primera sobre un asunto antiguo, la segunda sobre un asunto de la Escritura, la tercera sacada de un asunto moderno. La tragedia griega debía ser *Astyanax*: dejó hechos el plan en prosa y algunas escenas. La tragedia romántica debía ser *San Luis*. *Moisés* fué la tragedia hebrea. La Sra. de Lamartine madre, asistió á una lectura en casa de Madama Récamier, y escribió á su nuera: «Tuvimos el domingo una velada muy curiosa en casa de Madama Récamier. Se trataba de la lectura de una tragedia del Sr. de Chateaubriand y asistían todos los personajes célebres de la época. Me alegré mucho de asistir á semejante reunión.»

Esta tragedia está dispuesta para ser representada.

Fué recibida por unanimidad en la Comedia Francesa en 1828; algunos amigos le aconsejaron que no la hiciese representar para no exponer

1. El autor cita varios versos de Chateaubriand que nada agregan á la gloria del autor de *Genio del Cristianismo*. Es más, hasta se le hace, como vulgarmente se dice, un flaco servicio, sacando á luz lo que pudiéramos llamar *debilidades poéticas*, del mismo modo que se lo harían á Cánovas del Castillo y al humanista Benot con publicar sus *poesías*. El mismo gran Cervantes, como todo el mundo sabe, se obstinó en un principio en ser poeta hasta que á fuerza de fracasos y desengaños se resignó á ser el príncipe de nuestros prosadores. (N. del T.)

2. Es un caso digno de notarse la debilidad que sienten ciertos grandes hombres por los engendros ó extravíos de su ingenio. Los ya citados Cánovas y Benot, á pesar de su gran entendimiento, estimaban en gran manera su *talento poético*. (N. del T.)

á su partido político al percance siempre posible de un fracaso. Chateaubriand sintió mucho no poder hacer este ensayo en favor de la pobre escuela clásica á la que debía en cierta manera una reparación como abuelo del romanticismo en calidad de autor de unos hijos tan rebeldes como *Atala* y *Renato*.

Sintió sobre todo sin duda ninguna no ver su obra en el teatro. Hubiera exigido una *mise en scène* suntuosa, digna de una ópera, con música, coros, camellos, onagros y dromedarios. Pero aquellos momentos no eran ya los más propicios para el arte clásico y para la religión; el público sólo quería emociones violentas, cambios en cuanto á la unidad de plan y de lugar, amontonamiento de años, sorpresas, estocadas «y golpes de teatro». En resumen, el *Moisés* de Chateaubriand está esperando aún su primera representación. Ignoro si vale la pena de que se desee. Esta tragedia clásica que se ajusta á las tres unidades parece un plagio y los coros no siempre son afortunados.

El asunto es el becerro de oro y la primera idolatría de los hebreos. Durante la ausencia de Moisés retenido en el Sinaí, Nadab, hijo de Aarón y sobrino de Moisés excita á los hebreos á abandonar los caminos del Señor, impulsado por las seducciones de Arzana, reina de los Amalecitas. Todo esto es bastante frío. Chateaubriand miraba su obra con ojos de padre. Se la enseñó á Talma que se ofreció á representarla por cortesía.

Nos declara que le costó el componerla mucho trabajo, y que no dejó de revisarla y corregirla durante veinte años. Era hacerle demasiado honor.

No olvidemos las lindas romanzas que insertó en *el último Abencerraje*, como la de Aben Hamet y la de Don Carlos con música de *Folies d'Espagne*:

Prêt à partir pour la rive africaine,
Le Cid armé, tout brillant de valeur ¹...

Es esto un concierto encantador digno de la conmovedora Blanca y al que asistimos con vivo placer.

Las Memorias de Ultratumba aparecieron un año después de la muerte del autor, primero en folletín en *la Prensa* y luego en doce volúmenes. No era el momento más favorable, en medio de una república naciente, para dar al público una extensa obra realista en la que era difícil no herir muchas susceptibilidades, ya con críticas, ya con el silencio mismo. Todo el mundo quería ser nombrado en aquel diario póstumo y todo el mundo político, con raras excepciones tuvo motivos para no ver su apa-

1. Pronto á partir á la tierra africana
Armado el Cid y lleno de valor...

rición con placer. En cuanto á los literatos tampoco quedaron completamente satisfechos. El mismo Chateaubriand desdeñaba esta obra que fué para él la ejecución apresurada de un compromiso forzoso. « Es un simple chocheo », decía. Sin embargo á veces parecía renacer su inspiración. Jorge Sand no podía menos de escribir : « Á pesar de todo lo que me desagrada en esta obra, encuentro á cada instante bellezas de forma grandes, sencillas, frescas, y ciertas páginas que son del maestro más grande de este siglo ». Pero al mismo tiempo le impacientaban « tanta prosopopeya y tantos ropajes ».

Fácilmente se olvidan gracias á los admirables pasajes que esmaltan este largo relato y que son como las múltiples cimas del mismo : hay que pasar volando de una á otra. Fué Madama Récamier la que tomó á su cargo despertar la curiosidad pública en torno de estas memorias organizando lecturas sensacionales de las mismas en su salón de l'Abbaye-au-Bois. Sainte-Beuve, que no había aún escrito *Chateaubriand y su grupo literario*, echó todas las campanas á vuelo.

La obra era digna de ello. Es un edificio complejo, pero imponente. Es la historia de un siglo más bien que la biografía de un hombre. No hace allí confidencias, y de tantas mujeres ilustres como le dispensaron su amor, no aparece ninguna silueta á través de aquellos relatos históricos. La parte más amable y encantadora es el principio, la infancia y la juventud. Como entonces no se mete en nada, se estudia y se observa á sí mismo. Hace una pintura conmovedora del castillo de Combourg y de la existencia que en él llevaba. Se siente palpar el frío y el fastidio en aquellos recuerdos que representan la vida penosa y triste en el fondo de un noble solar, pobre, glacial, mal alumbrado en invierno, donde resuenan sonoramente el ruido de los pasos y de las grandes puertas y que resulta demasiado grande para cuatro personas entre las que se cuenta una madre siempre abstraída y un padre temido. Viene luego la Revolución, el viaje á América, la campaña de Thionville, la miseria en Londres y las lindas mises de Hyde Park. ¡ Qué cuentista tan amable y maravilloso ! Reléase la historia de la noche pasada en la abadía de Westminster. Quiso ver la nave al caer el día, y al fin se encontró con todas las puertas cerradas. Gritó, pero todo el ruido de sus voces quedó como « diluido en el silencio » y se perdió. Acostóse en el sudario de mármol del mausoleo de lord Chatam.

Hallábame en las primeras filas para ver el mundo tal como es. ¡ Qué conjunto de grandezas encerradas bajo aquellas cúpulas ! ¿ Qué queda de todo ello ? Las alicciones no son menos vanas que las felicidades.

¡ Yo desterrado, vagabundo, y pobre consentiría en no ser lo que hoy soy, olvidado y dolorido, para haber sido uno de esos muertos famosos, poderosos, hartos de placer ! ¡ Oh, la vida no consiste en todo eso ! ¡ Si, desde la ribera del mundo, no descubrimos distintamente las cosas divinas, no nos admiremos

de nada. El tiempo es un velo interpuesto entre nosotros y Dios como nuestros párpados entre nuestros ojos y la luz.

Acurrucado bajo el marmóreo sudario, descendí de tan altos pensamientos á las impresiones cándidas del lugar y del momento. Mi ansiedad, no exento de placer, era análoga á la que experimentaba el invierno en mi torrecilla de Combourg cuando oía el viento. Un soplo y una sombra se parecen.

Poco á poco me fuí acostumbrando á la obscuridad y distinguí los rostros colocados en las tumbas... Contemplaba las cornisas del Saint Denis de Inglaterra, de donde hubiérase dicho que pendían como lampadarios góticos los acontecimientos pasados y los años que fueron. El edificio entero parecía como un templo monolítico de siglos petrificados.

Había contado las diez, las once, en el reloj ; el mazo que se alzaba y volvía á caer sobre el bronce era el único ser que vivía conmigo en aquellas regiones. Por fuera, un coche que pasaba, el grito de un cochero y esto era todo : aquellos rumores lejanos de la tierra parecía que llegaban á mí desde otro mundo. La niebla del Támesis y el humo de las fábricas penetraron en la basilica é hicieron reinar en ella nuevas tinieblas.

Al fin empezó á brillar un crepúsculo allá entre las sombras que se iban desvaneciendo ; yo miraba con fijeza cómo iba aumentando la luz : ¿ salía de los dos hijos de Eduardo IV asesinados por su tío ? Dios no me envió aquellas almas tristes y encantadoras, sino que apareció ante mis ojos el ligero fantasma de una mujer casi adolescente, que llevaba una luz protegida por un cucurucho de papel ; era la encargada de tocar las campanas. Oí el ruido de un beso y la campana tocó al alba. La campanera se quedó espantada cuando salió con ella por la puerta del claustro. Le refería mi aventura y ella me dijo que había ido á desempeñar las funciones de su padre enfermo. No hablamos del beso.

Sobresale también en los relatos y en sacar partido de las menores circunstancias para aumentar el interés y la emoción. El admirable bosquejo de la vida de Napoleón no es una digresión : hace resaltar la originalidad de su actitud hostil. La linda pintura de la sociedad á fines del siglo XVIII es como el prefacio de su vida literaria. Las embajadas de Londres y de Roma le suministran desarrollos llenos de muy penetrante psicología ó de muy elocuente poesía. Roma le inspiró siempre páginas felices y con frecuencia ha hablado de ella en términos dignos de su hermosa y famosa carta al Sr. de Fontanes sobre la campaña romana y la luz del cielo italiano. El relato del baile que dió en la villa Médicis presenta tonos muy brillantes y tiene toda la claridad de una pintura de alguna fiesta del Renacimiento. Jorge Sand lo había leído antes de describir el baile de máscaras de *Lelio*.

Andando el tiempo Chateaubriand vuelve á la vida privada ; su prodigalidad le arruina y sabe dar á sus apuros acentos nobles, conmovedores y patéticos :

« Dos criaturas que no están de acuerdo podrían irse cada una por su lado ; ¡ pues bien, por falta de algunos escudos, es preciso que sigan viviendo una junto á otra, poniéndose mala cara, regañando y

agriándose el carácter hasta el punto de tragar saliva, á comerse con los ojos y hacerse mutuamente con rabia íntima el sacrificio de sus gustos, de sus inclinaciones y de su modo natural de vivir. La miseria las encadena y una vez encadenadas por estos lazos miserables, en lugar de abrazarse se muerden, pero no como Flora mordía á Pompeyo. »

¡ Qué siniestra confidencia ! ¡ Cómo ilumina esta frase el triste hogar del grande hombre ! ¡ Qué penoso comentario á las palabras del P. Aubry en *Atala* : « Eva había sido creada para Adán y Adán para Eva. Si no obstante no pudieron mantenerse en aquel estado de felicidad ¿ qué parejas podrán lograrlo después de ellos ? » Y al fin de esta requisitoria contra el matrimonio añade : « Hay siempre algunos puntos en que no están de acuerdo dos corazones y estos puntos bastan para hacer á la larga insostenible la vida. »

Diez páginas después viene una espléndida descripción de una tempestad en Suiza con relámpagos que parecen « enrollarse » á las rocas, especie de noche de Valpurgis, en que, como Musset, verá su musa venir á visitarle en la habitación alumbrada por bujías. Chateaubriand evoca esta sílfide ideal, cuya obsesión no le abandona desde que vivía en Combourg y tenía diez y ocho años : genio, mujer, ángel ó hada cuyo culto y adoración conservó á través de todas sus aventuras amorosas. Ya anciano la seguía invocando :

¿ Vienes á buscarme, encantador fantasma de mi juventud ? ¿ Te apiadas de mí ? Ya lo ves, no he cambiado sino en el rostro ; siempre quimérico, devorado por un fuego sin causa y sin alimento, salgo del mundo y entraba en él cuando te creaba en un momento de éxtasis y de delirio. He aquí la hora en que te invocaba en mi torre. Aún puedo abrir mi ventana para dejarte entrar. Si no estás satisfecha con las gracias que te había prodigado, te haré aparecer cien veces más seductora ; mi paleta no está agotada ; he visto más bellezas y sé pintar mejor. Ven á sentarte en mis rodillas, no tengas miedo de mis cabellos, acarícialos con tus dedos de hada ó de sombra y haz con tus besos que se vuelvan castaños. Esta cabeza á quien la falta de cabellos no hace sentir el peso es hoy tan loca como en la época en que te daba el ser, hija amada de mis ilusiones, dulce fruto de mis misteriosos amores con mi primera soledad. Ven, subiremos aún juntos sobre nuestras nubes ; iremos á surcar con el rayo, á iluminar, á abrasar los precipicios por donde he de pasar mañana. Ven, llévame como en otro tiempo, pero no me vuelvas á traer.

Hay misticismo é iluminismo en esta exaltación senil que se parece á la juventud. Sus correrías por Bohemia con la invocación á Cintia en medio del bosque ; la deliciosa prosopopeya de la golondrina de Bischofsheim « Francisco, mi tatarabuela anidaba en Combourg... » ; las páginas enérgicas, libelos, retratos políticos (el de Talleyrand es te-

rrible), consideraciones sobre el porvenir de las sociedades : todo esto puede dar idea de la variedad y del encanto de esta inmensa obra, elocuente monólogo del orgullo y del honor feudal¹, del que escribía Edgard-Quinet al salir de la sesión de lectura en casa de Madama Récamier :

En la obra espléndida del Sr. de Chateaubriand, había partes cuyo secreto poseía él solo. Al escribir sus memorias, ha dado la clave del enigma. Si el viento de los bosques, que hace soñar cuando llega la noche, pudiese repetir los mares, los bosques, las ruinas, las landas, y los humildes caseríos que ha encontrado en su camino para llegar por la noche á vuestros umbrales cargado con los perfumes y los suspiros del mundo ¿ quién no escucharía ávidamente esta historia de la naturaleza inanimada ? En lugar de eso, supóngase una imaginación de hombre, ú otra tempestad que sople sobre los sueños ; ha volado á través de cielos y tierras. Ha llegado ella también á su término cargada con las armonías que ha sacado de todas las cosas ; ha atrevesado sus desiertos sin soles, sus brezales, sus lienzos de ruinas en los que dormitan los recuerdos y se ha cargado, de paso, de perfumes y de venenos, de alegrías y de dolores. Si al fin llega á referir su historia esta alma errante, ¿ cuánto más poético no será su relato que la naturaleza exterior y cuánto más vivo que la vida ?

Se ha convertido en una frase estereotipada la de que Chateaubriand había *bostezado su vida*. Hay en esto un abuso. No hay nada menos exacto. Si ha habido por el contrario un hombre de acción, de decisión, de resistencia y de energía, fué seguramente él. Todo le impulsaba á dejarse llevar de una inútil é indolente meditación acerca de lo pasado : los recuerdos y las ruinas de su país donde los druidas, los corsarios y las campañas de Richelieu eran las más recientes actualidades de su época. Se vió, sin embargo, mezclado del modo más activo y más febril á la política, y se arrojó con pasión al remolino de los intereses y de los partidos. Fué más que un hombre del presente, el hombre del porvenir ; puesto que todo el siglo XIX, literario, artístico y político ha salido de él. Su carrera fué de las más fecundas. No deja de citarse nunca la frase de la joven inglesa que le decía en Londres en 1795 : *You carry your heart in a sling* (Lleva Ud. el corazón en cabestrillo).

La frase es linda y se ha aplicado á toda la vida de Renato, lo cual es muy elástico. Nótese que en el momento en que hablada la joven inglesa. Chateaubriand se hallaba en la miseria, la angustia y la

1. Las *Memorias de Ultratumba* no han perdido todo el interés que despertaron á su aparición. Aun tienen numerosos lectores como lo prueba la hermosa edición enriquecida con valiosas y eruditas notas publicada recientemente por el Sr. Edmond de Biré. (N. del T.)